

CARTER va progresando en su camino por las elecciones primarias. Hace unos meses, antes incluso de los acontecimientos de Teherán, pero sobre todo entre la crisis de Irán y la de Afganistán, estaba políticamente muerto. Los sondeos de opinión pública le atribuían las cotas más bajas que haya conocido nunca un Presidente en ejercicio —excepto Nixon en el momento del Watergate—; su partido comenzaba a abandonarle y pensaba seriamente que mantenerle en la candidatura a la reelección para la Casa Blanca no sólo iba a ser un desastre que produjera la pérdida de la Presidencia, sino también un desplome demócrata en el Congreso y en los puestos de gobernadores de Estado que salen a elección. Todo ha cambiado ahora.

No era difícil diagnosticar por qué los Estados Unidos estaban alejándose de su Presidente. Partiendo de que el carisma presidencial venía roto de antes, de las sucesivas aventuras de los Presidentes anteriores, sobre todo por la tragedia de Nixon: un Presidente en la Casa Blanca, en el ejercicio de su poder, había dejado de representar ese símbolo de lo que representaron, en otros tiempos, los grandes reyes: un emblema nacional, como la bandera o el escudo, como la palabra patria. Carter llegó a la Presidencia con todo eso perdido; prácticamente indefenso, y tras unas elecciones con el mayor número de abstenciones que recuerda la Historia, en su fase de voto popular. Tenía un capital de esperanza, y lo fue dilapidando. Se le cayó el dólar de las manos, y las promesas de una sociedad sin paro; se le echó encima la escasez de gasolina, le aplastó la inflación. La fugacidad del pequeño éxito de Camp David se perdió en el contacto con la realidad. La campaña de derechos del hombre quedó aguada, y la situación internacional era un camino empedrado de derrotas. Muchas de estas circunstancias eran heredadas del tiempo anterior, otras eran consecuencia inevitable del cruce de tensiones en el mundo; pero llegó a haber un consenso bastante notorio, dentro y fuera de los Estados Unidos, en el sentido de que Carter era incapaz de hacer frente a todo este desplome. En las elecciones de medio término —en noviembre de 1978— los demócratas perdían 12 diputados, tres senadores, seis go-



Más que de la victoria de Carter en las elecciones primarias de New Hampshire, habría que hablar del fracaso de Kennedy.

LA GUERRA DE CARTER

EDUARDO HARO TECGLÉN

bernadores... La imagen de Carter aparecía, en los periódicos y en las conversaciones, completamente deteriorada. Era una caricatura de sí mismo.

La realidad es que entre esos malos tiempos para el Presidente y estos prósperos tiempos para su candidatura, sólo han mediado algunas desgracias más. La de Irán no sólo ha sido, sino que es aún considerable; los rehenes siguen encerrados, y, a pesar de las negociaciones que han ido dulcificando el tema, Jomeini habla de abril como fecha posible para su liberación; los Estados Unidos han cedido al sacar al Sha de su territorio y al aceptar la formación de una comisión de encuesta sobre las actividades delictivas del Sha en su reinado,

comisión cuyas conclusiones, si son honestas, no dejarán de complicar a los Estados Unidos por su asistencia al supuesto delincuente; y si no lo son y excluyen dictámenes de culpabilidad, producirán tal cólera en el Irán, que más valdría que nunca se hubiera formado tal comisión. En el caso de Afganistán, la desdicha de Carter parece mayor aún. Ha tratado de alzar en pie de guerra a sus aliados y no lo ha conseguido; el Tercer Mundo condena de por sí la acción soviética, pero no se suma de ninguna manera a la política de sanciones; ha pronunciado un ultimátum y la fecha se ha cumplido sin que los soviéticos hayan hecho el menor movimiento favorable; ha tratado de convocar una Santa Alianza en

Bonn y las naciones que hubieran debido asistir la han hecho imposible; en las primeras elecciones occidentales celebradas tras la crisis, las de Canadá, ha perdido a su aliado Clark en favor del pacifista Trudeau; hay una resistencia creciente al boicot de los Juegos Olímpicos; la posible base para una negociación con la URSS, que es la emitida por lord Carrington, a base de una neutralización de Afganistán, ha sido ásperamente rechazada por la URSS. Y en el frente interior, la inflación continúa, el desempleo crece, el déficit también.

Y, sin embargo, día tras día, la popularidad de Carter aumenta. Pronunció una sola frase que ha cambiado, temporalmente, su

destino: dijo, en el momento de la entrada soviética en Afganistán, que había visto por fin claramente el fondo de la URSS, que había aprendido más en una noche que en todos sus años de político: se mostró como un converso. Y pidió sacrificios: empezando por la pérdida de las ventas de trigo, con el de las seguras medallas de los Juegos Olímpicos, con la solicitud de llegar a restablecer el servicio militar obligatorio, y no sólo para los hombres, sino también para las mujeres. Ha sabido encontrar, en un momento dado, una fibra nacional. Parece que el sentido de derrota y la mala conciencia de sí mismos que tenían los americanos desde el asesinato de Kennedy y la pérdida de la guerra de Vietnam estaba esperando un determinado momento en el que pudiera plantear una reivindicación histórica. Todos los observadores de la vida americana están atónitos viendo auténtico clima de patriotismo y guerra, salpicado de anécdotas espectaculares. Todos sabemos lo que tiene este tipo de acciones, discursos, campañas, de meramente espectacular, y cómo una minoría conocida puede hacer pasar un país por un clima determinado que no corresponde a su pensamiento profundo; cómo la más mínima reflexión o un revés visible puede cambiar el signo. Pero esos datos están funcionando.

No hay que exagerar. El nú-

mero de compromisarios elegidos hasta ahora en estas primarias es todavía insignificante dentro de las convenciones de los dos partidos; queda un camino largo hasta las convenciones, y otro más difícil hasta las elecciones de noviembre. Carter no tiene asegurada, de ninguna manera, su reelección. Y, además, han jugado, o están jugando, otros factores. El más importante, el del fracaso —hasta ahora— de Kennedy. Podría decirse que las primarias las está perdiendo Kennedy, mejor que asegurar que las está ganando Carter. El senador tampoco lleva ya sobre la cabeza el halo de la familia: ha tardado demasiado en tratar de explotarlo. No fue por su culpa, fue por el famoso accidente de automóvil de Chappaquiddick, que le dejó configurado como un hombre incapaz de hacer frente a una situación de riesgo, y de buscar su defensa en la mentira o por lo menos en tratar de disimular la realidad. No ha pasado el purgatorio. Ha sucedido también esta inversión psicológica tan frecuente: el mito Kennedy se ha desgastado, se ha diluido en el exceso de adoración. Nadie puede garantizar que este senador siga el camino de su hermano, y hasta el nombre de la familia parece hastiar.

En el tema de la política internacional, Kennedy no se atreve a ser la contrafigura de Carter. Ve por dónde va la corriente actual,

que es la de una actitud dura y firme para con la Unión Soviética, y hasta de un castigo para los aliados discolos —Francia, sobre todo—, y debe parecerle un suicidio llevar la contraria a esa línea de propaganda desatada, aunque podría ser su única salvación; y quizá la emplee cuando el inevitable fracaso de Carter haga comprender a los americanos que les ha hecho descargar su adrenalina para una batalla que no va a suceder (una frase del republicano Reagan, ultraconservador, hace mella: "Nunca pediremos a los americanos que hagan una guerra que el Gobierno no está dispuesto a dejarles ganar"). Por ahora, busca un camino medio. "Tenemos que mostrar al mundo —dice Kennedy— que el águila americana tiene en sus garras, simultáneamente, un haz de flechas y un ramo de olivo". Se sitúa así entre la paz y la guerra: un justo medio que en otros momentos hubiera interesado al sentido común, pero que ahora no se ve claro. En la política interior es donde obtiene sus mejores éxitos oratorios: sabe blandir un periódico en el que se anuncia que el alza de los precios ha llegado ya al 18 por 100, sabe pedir un bloqueo de precios, salarios, tipo de interés y alquileres, sabe decir que Carter está dejando desgobernado al país. Todo esto le procura ovaciones. Pero a la hora de recoger votos, los pierde. No inspira confianza.

La dificultad esencial en que se encuentra Carter es que ha acelerado la política de guerra y el ímpetu de patriotismo hasta los extremos de la sobredosis. No se ve cómo va a sostener esta línea durante los nueve meses que le separan de las elecciones, aun dando por adquirido que va a ser presentado de nuevo por el partido demócrata tras la convención. Sobre todo, cuando sus aliados tratan de poner un freno a su rueda loca y hasta indican que van a saltar del carromato en marcha antes que se despeñe. A Carter no le queda más remedio que ir cada vez más arriba: una tensión de este tipo sólo se sostiene con acciones. Y las acciones se ganan o se pierden. No hay que olvidar, por otra parte, que Carter no es un jinete solitario. Un Presidente de los Estados Unidos, que tiene sobre el papel constitucional y toda la jurisprudencia legal los poderes más grandes del mundo, es uno de los seres más mediatizados que hay en el planeta. El poder, en los Estados Unidos, es una máquina. Esa máquina también fabrica catástrofes, también produce errores —no hay más que ver la Historia; no hay más que recordar, otra vez, el nombre de Vietnam—, pero no se deja alucinar solamente por unas elecciones o por quien las pueda ganar. Está más acostumbrada a fabricar las oleadas de patriotismo y de entusiasmo bélico, que a ser fabricado por ellas. Ese poder sabe en qué momento ha de detenerse, sabe hasta dónde puede llegar demasiado lejos, según la famosa frase.

Si la carrera electoral de Carter sigue adelante, la acción política internacional ha comenzado a paralizarse. No le van a dejar llegar al punto de la guerra. En cualquier momento va a ser demasiado ostensible el aislamiento creciente de los Estados Unidos. La decisión de parte importante de la comunidad judía de apoyar a Kennedy frente a Carter va más allá del mero asunto de Israel y de las concesiones —supuestas— de Carter al mundo árabe: no es tampoco una máquina que luche por ideologías sin resultado. Carter puede sentir la tentación de elevar aún más puntos la crisis mundial; puede llegar a suponer un peligro muy grave para todos. Pero habrá que ver en qué momento le abandonan, le dejan estrellarse sobre el auténtico suelo, sobre la auténtica realidad. ■



Los miembros de la comisión de la ONU encargada de investigar los crímenes del Sha, con el Presidente de la República de Irán, Banisard, y el ministro de Asuntos Exteriores iraní, Ghozadeh.